

Una agrupación teatral en marcha

La Agrupación Artística de Acción Católica, de nuestra ciudad, en dos memorables representaciones de la obra dramática «Una historia qualsevol» que dió el sábado y domingo pasados, nos demostró de como, con entusiasmo, con tesón, se puede llegar muy lejos en el camino emprendido por dicha agrupación en las tablas. En otra ocasión manifestamos que este elenco había entrado ya en el camino de la crítica, crítica alentadora, por supuesto, por cuanto no se detenía solamente a ser un grupo dispuesto a matar el tiempo, como vulgarmente se dice, sino que iba adentrándose cada día más por los senderos artísticos y elevados del teatro.

Y he ahí como así nos lo demostró una vez más, en esta su última actuación. Era atrevida la empresa, pues la celebrada obra «Una historia qualsevol» de José C. Tapies y Santiago Vendrell de un profundo dramatismo, de diálogo conciso, claro y humanísimo, requería una preparación muy estudiada y meticulosa. Todo ello fué alcanzado por este grupo, que supo poner de forma excelente todo su entusiasmo en la representación del drama antes referido. El público, numeroso el domingo, escaso el sábado, siguió visiblemente emocionado los seis tiempos de que consta la obra. Aplaudió entusiasmado e insistente algunos finales de escena, solicitando así la reaparición de los actuantes.

Por esto, por este éxito teatral, es por lo que animamos a la Agrupación Artística de A. C., de nuestra ciudad, a proseguir sin desfallecimientos en su obra artística. Cuidándola, mejorándola, elevándose a como lo han hecho esta vez, sin titubeos. Porque sabemos que en dicha agrupación hay dirección y actuación suficientes para lograr esta meta.

Si, facultado por el buen juicio que la madurez le otorga, pudiera el que esto escribe dirigirles la palabra a más de cuatro enamoradas, antes de que se marche la corona de azahar que poetiza el ensueño desde largo tiempo acariciado, haríalo inspirándose en algunos preceptos que sin ser infalibles pueden contribuir en alto grado a la felicidad conyugal.

Sé bien que los recursos a que me refiero están de aquellas al alcance, más, ¡ay!, lo malo consiste en que son en mayoría las mujeres porfiadas y duras en el error.

Además; ¿a quién se le ocurre dar consejos en los momentos en que parece que un encanto irresistible arrastra a los seres; en que la simpatía entre los sexos alcanza todo su poder y la llama del amor enajena al más pintado? ¿Quién piensa mientras se celebra la función inaugural del matrimonio en lo que viene tras ella?

Por otro lado, ante el estado actual de la sociedad, que abandona a las señoritas a sí mismas, acogíendose a la libertad que le conceden los modernos avances que muchas veces las transforman en diablillos que charlan y se muevan sin cesar; que cada día tienen su «plan» que las lleva de un sitio para otro y cuyo ánimo solo embota cuanto en la vida pueda parecerles snobismo y novedad; ¿quién —digo— es capaz de ponerlas mal o de aviarse de consejos?

Un anuncio treinta años, ha muy reiterado en nuestras revistas, nos da una idea de la fisonomía de otros tiempos no aún muy lejanos. Ofrecía el llamativo reclamo, por poco dinero, la llave del amor, el secreto de dominar a los hombres, de «hacerse amar locamente». Ignoro cuales eran las particularidades de sus preceptos, pero seguro estoy de que ciertas máximas no serían provechosas para buen número de doncellas y damitas de hoy día, y menos a esas jovencuelas que, atendiendo demasíadamente a las cosas del mundo, tras mostrársenos idóneas para la fatiga y los ejercicios corporales cuando se trata de cultivar el deporte, usan pitillera y beben sin reserva, y las cuales tendrían por injusticia, porque su frivolidad no es capaz de medirlas, ciertas ventajas que tanto en el orden físico como en el mental concedió al Creador al sexo masculino y que de buen grado habrán de aceptar al fin.

Pero dejemos de lado ciertas filosofías y los problemas que el firmante no acertaría a resolver, y supla a su insuficiencia el buen deseo de dedicar a la encantadora mitad de la familia humana, y en particular a la sensatez auténticamente femenina que adelanta por las sendas sembradas de ilusiones, unas normas que si no le aprovechan del todo, tampoco le serán de completa inutilidad.

—Piensa antetodo, linda mujercita, que, cuando se tiene corazón, ofrece éste mil recursos y que de todos ellos puedes sacar un singular partido. Cierta escritor

atribuía poco mérito a la mujer que, manteniéndose virtuosa, no tenía seducción alguna para triunfar, porque, decía, no pueden darse virtudes sin combates, así como no existe resistencia sin ataque. No bastan la belleza y las gracias para evitar que al cabo de pocos años, tal vez de pocos meses, esposos que parecían querer-se y adorarse, riñan y se pierdan el respeto. El tiempo embotó las primeras armas del amor; el goce debilitó su poder y a tales fiascos hay que oponerles los recursos poderosos que Dios puso al alcance de la mujer. Breve he de ser en las reflexiones, pero, con ser pocas, son de tal peso, que opino que la que llegare a observarlas tiene ganada la partida.

—No contradigas a tu esposo si le tienes por inteligente, ni digas a secas «Quiero que se haga...», porque la abnegación consiste en saber reprimirse, en contener los ímpetus, y no ha de malograrse la dulzura que se prometió el marido. Paulatinamente irás conquistando la parte que te corresponde en el mando. No le aconsejes sino cuando él te consulte; es mejor no entrometerse en sus asuntos. No exijas nada; así conseguirás todo lo que pueda darte. Muéstrate contenta y satisfecha de lo poco que haga, para excitarle a hacer más. No le echés sermones; vale más predicar con el ejemplo. Aunque tengas más talento que él, debes aparentar lo contrario. Si Dios te lo ha concedido no des a entender a nadie y menos delante de la gente que tu consorte es inferior a tus conocimientos, aunque tuvieras que pasar por ignorante, y si alguna vez su opinión te pareciera infundada, no se lo des a entender de buenas a primeras con agrios reproches; atráelo poco a poco a la razón, con dulzura, para que se rinda y crea que a él le corresponde buena parte del éxito. No seas curiosa en sus asuntos y sobre todo no regañes nunca para que vuestra casa sea para él la más agradable de todas. Todo placer habrá de parecerle soso cuando no lo comparta contigo, si el esplendor de tu belleza no se encuentra desprovisto de talento.

Y finalmente, no me tomes por moralista ya que solo me guía el lenguaje de la simpatía hacia vosotras que en estos instantes acaparais mi atención, y cuyo cometido en la tierra no es otro que suavizar la vida del hombre y hacerle menos dolorosos sus reveses.

A las que se dignen pasar la vista por estos renglones deseo sepan atraerse al hombre que reúna todos los méritos para hacerlas felices, aún después de haberse amortiguado los primeros fuegos, a los que sucederá algo más íntimo, un deleite más sereno... Y ellas, si son dulces, comprensivas, francas, virtuosas sin vanidad, y saben con sus modales tiernos y afectuosos disipar el pasajero malhumor del marido, llegarán a hacerse amar con locura.

J. Soler Cazeaux